

He pensado en una jaula

José Antonio Aguilar Narvárez * / Facultad de Filosofía y Letras

He pensado en una jaula. Lo pensé al ver las largas y paralelas huellas del sol atravesar la persiana y proyectarse en el suelo amarillento, marcándolo con infinitas rayas. El parquet, ya no tiene brillo, sólo ofrece una cara endurecida y ajada.

Esa canción. O esos murmullos que yo creo son una canción y sólo son lejanos eruptos de las motocicletas del barrio. Yo no tengo motocicleta. Me agrada sentarme aquí en esta esquina del cuarto, apoyar la espalda contra la pared, estirar las piernas, cruzarlas, pasar la palma de la mano derecha sobre el piso sintiendo la diminuta existencia del polvo; mientras, con la mano izquierda, hojeo una revista, no es necesario verla, basta con sentir pasar las hojas una después de la otra con la pesadez del papel viejo, manoseado.

Ahora te escucho subir. Tus pies casi no hacen ruido; pero tu ropa al frotarse contra tu cuerpo habla de tu llegada. Caminas con lentitud. Siempre que subes lo haces de esa manera como si la indecisión precediera cada uno de tus pasos y después de haber avanzado un tramo decidieras súbitamente retirarte, echar a correr. Pero siempre llegas.

Esa canción. Alguien compró una vez ese disco, lo escuchó y desde entonces se repitió a todas horas. Una vez después de otra. La primera la oí tan lejana como ahora; confundiendo con los ruidos, gritos, voces agrias y lloriqueos, pero desprendiéndose de esa confusión diaria para anunciarse distinta. No es una canción alegre, ni dice algo. Es un vómito que jamás se acaba, penetrando bajo la piel, haciéndola erizarse.

Ahora estás frente a la puerta, haces girar el picaporte. Con un salto la puerta se entreabre. El perfil oscuro del pasillo aparece de arriba a abajo. Esperas callada, con la sonrisa contenida en los labios húmedos.

El disco se rayó. La frase se detuvo y empezó a girar alrededor de sí misma. Tarda mucho tiempo en volver al surco extraviado. De todas maneras la música ya es ahora diferente: le han salido brazos, puede ir a los lados,

* Del Taller de Cuento.

dar vueltas, sin perder nada de su encadenamiento original. ¡Bah! Ha cesado.

Ahora es tu ojo, globo, canica. En el fondo, el blanco de la concha que sostiene tu pupila viaja a todos los rincones del cuarto, punza todos los objetos, resbala sobre todas las superficies, se llega a mi cuerpo, lo descubre flácido, extendiéndose en el suelo. No me muevo. Desearía no respirar. Escucho tu respiración, oigo vibrar tu garganta al conducir sin violencias un viento extraño.

Me pongo de pie y me dirijo a la ventana, la tarde se ha henchido de glóbulos rojos. En la calle los niños de regreso de la escuela patean latas vacías y se chiflan los unos a los otros. Simulo no haber advertido tu presencia. Las cortinas, de grandes flores encarnadas sobre un gris desleído, ocultan los vértices de la pared descascarada. Huelo el yeso seco y cuento los puntos de pintura seca en el borde del vidrio.

A mi espalda, la puerta se abre y tú entras con paso sigiloso, te llegas al rincón en donde poco antes me encontraba sentado. Empiezas a cantar en voz baja, tenue. Volteo intempestivamente finjo estar sorprendido. Tú avanzas balanceándote como si el aparecerte en ese rincón fuera lo más natural del mundo.

Has recorrido todos los ficticios aposentos del castillo. La sala del trono colindando con el ropero viejo de copete altivo, visitaste los jardines, bordeando la cama cubierta con la cobija verde. Corriste en su misterio por los pasillos largos y estrechos, delimitados por las hileras apenas visibles del parquet. Estás frente a mí. Tu lengua húmeda asomando entre los labios delgados. Los cabellos indóciles cayendo encima de la frente. Tu oreja pequeña de vuelos cercanos.

Me acerco a ti. Descansas en mis piernas tu cabeza, acaricio tus brazos de piel suave, percibo tu piel cálida, intento seguir encima de ella los caminos azules de las venas. De pronto te pones de pie y con una sonrisa aguda te colocas tras la cama. Voy por ti. Escapas. De nuevo se asoma tu naricilla en el ángulo del ropero. Camino tranquilamente y ahora un salto ¡ya estás en



mis brazos! Ries, ¡Qué bello es tu cuello y el rosado brillante de tus encías. Te beso.

Tu cuerpo se pierde bajo el mío. Lo siento convulsionarse con la risa. Es la sed, la siento recorriéndome la epidermis, de inquietud natural mis miembros. Eres mía, lloras. Tu aliento paralizado sostiene mi jadear, estoy subiendo, ya viene el humor cálido, va a salir, es el desmayo, tu cuerpo casi inexistente . . . la cúspide. En el techo el foco permanece increíblemente inmóvil.

Tu cuerpo junto al mío, lo siento convulsionarse con la risa. Ahora es la sed inquietando mis movimientos, recorriéndome la epidermis. Mi jadeo se sostiene sobre tu aliento paralizado. Estoy ascendiendo, escucho tu llanto; pero, ya viene el humor cálido, va a salir, es el desmayo, tú . . . En el techo el foco permanece increíblemente inmóvil.

La canción. Es de nuevo la canción. Ahora la comprendo mejor. Ha dejado de tener secretos para mí. Está conmigo. Ese palpitar acelerado, ese caer profundo . . . A unos cuantos pasos, uno de tus zapatos, doblez de piel blanca; más allá los pastosos rayones de tu sangre. El olor impregna toda las partículas de la atmósfera. Tu sangre es amable ¿pero por qué ennegrece tan pronto?

Se escuchan pasos en la escalera. Son pisadas fuertes, vigorosas, no son las tuyas. El disco empieza de nuevo, la melodía se ha posesionado de mi abdomen, la siento retorcerse en mi interior.

Te recuerdo regresando esta mañana de la escuela, cargando el bulto de libros, tarareando tus canciones infantiles. Hoy no me enseñaste las bellas estampas de tu libro.

Se han parado frente a la puerta. Murmullos. La música es ahora más fuerte, han abierto la ventana y se libera, viene a mí.

Encima de la cama en una postura ridícula, con sus vidriosos ojos muy abiertos, tu muñeca. Jamás la habías dejado.

Golpean fuertemente en la puerta. No quiero moverme, la música ya ha cesado, pero no importa. Gritan, golpean la puerta, va a caer. Estoy muy cansado. ¿Sabes?, esta tarde me sentía muy solo.

